

## MEMORIA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA. MITO Y REALIDAD

Ángeles EGIDO LEÓN (ed.)

Biblioteca Nueva (2006)

En este 75.º aniversario de la Segunda República española que hemos vivido con una intensidad historiográfica inusitada, no deja de sorprender la aparición de un libro como el que ha coordinado la profesora Ángeles Egido en torno a la memoria de este período de nuestra Historia. Al acercarnos a las páginas de *Memoria de la Segunda República* sorprende, en primer lugar, el peso historiográfico de los autores que han colaborado en la elaboración de este libro colectivo. Estudiosos españoles del período de la Segunda República y de la Guerra Civil como Julio Aróstegui, Hilari Ragner, Alberto Reig Tapia, Xosé Manoel Núñez Seixas, Gonzalo Santonja, Gabriel Cardona, Pere Gabriel, José Antonio Ferrer Benimeli, o la coordinadora del libro, Ángeles Egido, comparten análisis con varios de los más afamados hispanistas de diversas nacionalidades, entre los que se encuentra Carsten Humlebaek, Gabriel Jackson, Giuliana Di Febo, Jacques Maurice o Paul Preston. Aunque, sin duda, existe una innegable simpatía y cercanía por parte de los autores a los presupuestos ideológicos, progresistas y democráticos, que persiguió la República, la diversidad de enfoques dentro del libro resulta especialmente enriquecedora.

Llama la atención, igualmente, la capacidad de resolución dialéctica entre un enfoque generalista, que proponen varios autores, principalmente en los trabajos de Gabriel Jackson y Julio Aróstegui, y un descenso al análisis pormenorizado de asuntos tan específicos —aunque, a la vez, tan trascendentes— como la política exterior de la Segunda República, el problema militar, la cuestión religiosa o el debate autonómico. Ciertamente, y a pesar de la dificultad que ofrece un trabajo co-

lectivo de esta dimensión, hay una sólida estructura en el libro que permite pasar dinámicamente de los grandes planteamientos generales sobre las ideas que plantearon en la formulación teórica de la República, a las realidades que ésta hubo de afrontar y a las conclusiones que sobre aquel tiempo han ido instalándose en el ideario colectivo que, atravesando momentos difíciles para la memoria de la República, ha llegado hasta nuestros días.

Prólogo y epílogo, elaborados por Ángeles Egido León y Julio Aróstegui respectivamente, inciden sobre el recurrente concepto de memoria que, en los últimos tiempos, tiene la virtualidad de aparecer siempre estrechamente vinculado a la reivindicación de nuestro más reciente período republicano. Ambos trabajos exploran la génesis del *olvido* y las causas políticas e historiográficas que lo produjeron, centradas esencialmente en la coyuntura política de la transición a la democracia en los años setenta, dominada por el concepto de la reconciliación. Sin embargo, los autores no desprecian otras circunstancias, entre las que sobresale por encima de las demás la formulación ideológica del «fracaso» de la República. En la esencia de la verdadera recuperación de nuestra memoria histórica existe la necesidad de considerar a la República, según ambos autores, no como un régimen fracasado que inevitablemente propició el gran enfrentamiento bélico, sino como un modelo de Estado abortado por un golpe militar que impidió el desenvolvimiento de un coherente proyecto democratizador y transformador de la realidad española. Sólo superando esta visión distorsionada por el fatídico desenlace, que entronca con las versiones historiográficas —y en muchos casos pseudohistoriográficas— que consideran a la Guerra Civil como un enfrentamiento *inevitable*, se podrá llegar a la conclusión de que es necesario reivindicar la herencia positiva de la Segunda República, como antecedente indiscutible de nuestro actual sistema democrático.

El libro arranca con un primer bloque centrado en dos de los grandes mitos que sirvieron para justificar por parte del régimen franquista el rechazo ideológico a la República: la creciente amenaza del comunismo y el «contubernio» judeomasónico. Para finalizar el bloque, un análisis biográfico sobre la figura del creador y difusor de la parte fundamental del cuerpo ideológico antirrepublicano, Francisco Franco.

Gabriel Jackson analiza la verdadera dimensión que tuvieron fascismo y comunismo en la historia de la Segunda República. Jackson considera que la relación entre los fascismos europeos y el franquismo y los movimientos pseudofascistas que le apoyaron en España fue una relación de conveniencia: Franco fue un conservador tradicional, no un fascista, aunque fue el más consecuente anticomunista porque, a diferencia de sus homólogos europeos, nunca tuvo veleidades de colaboración oportunista con la URSS o con el partido comunista. Ofrece una visión de la integración del régimen republicano —en tiempos de paz y en tiempos de guerra— en un panorama internacional convulso que había generado la aparición de los fascismos, la extensión del comunismo y el cambio de estrategia en la izquierda política europea que condujo a la creación de los frentes populares. Des-

montando la tradicional concepción de la amenaza comunista en el régimen republicano español, Jackson concluye que no sólo no existió esa amenaza, sino que, por el contrario, los comunistas se comprometieron con la defensa de la democracia. Cedieron su participación en el gobierno del Frente Popular e hicieron cuanto estuvo en sus manos por convencer a la rama socialista más revolucionaria y a los anarquistas de que España no estaba preparada para ir un paso más allá en el itinerario de la revolución. Su responsabilidad fue mínima en lo que él considera la maniobra política más errática de la República, la destitución de Alcalá Zamora como presidente de la República con la consiguiente privación del líder claro y activo para la coalición gubernamental que hasta entonces había sido Azaña. Planteando la sobredimensión general que se ha atribuido al comunismo no sólo en la República, sino también en la evolución militar y política de la guerra, considera que la actuación de los comunistas fue correcta en ambos períodos, concluyendo que la magnificación historiográfica e ideológica de la intervención comunista y soviética nació del escenario posterior surgido en la Guerra Fría, donde se olvidó, debido a la confrontación entre bloques de ese momento, que en los años treinta la amenaza mundial no era el comunismo sino la extensión imparable y arrolladora del nazismo alemán.

José Antonio Ferrer Benimeli hace un análisis exhaustivo en el capítulo dedicado a la utilización contra la República de la supuesta conspiración judeomasónica, demostrando que fue un argumento que utilizaron no sólo falangistas, pseudofascistas y golpistas, sino también la derecha democrática que no dudó en saltarse las reglas del juego lanzando acusaciones que azuzaron sentimientos antidemocráticos. Como consecuencia de la actuación propagandística de estos tres grupos políticos —derecha integrada en las reglas del juego republicano, falangistas y golpistas—, la necesidad de erradicar la inexistente conspiración judeomasónica adquirió la categoría de axioma central en la ideología política del franquismo y ocupó un puesto fundamental hasta la finalización del régimen. El análisis de Ferrer Benimeli profundiza sistemáticamente en el análisis bibliográfico del estado de la cuestión que existía sobre judeomasonismo en tiempos de la República, con un detallado estudio bibliográfico y hemerográfico, y un completo desarrollo de su peso ideológico en la evolución del pensamiento de los personajes más influyentes como Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma, José Antonio y el más influyente propagador de la teoría del «contubernio», Francisco Franco. En último término, considera el autor que la utilización reiterada de una conspiración inexistente —casi imposible en su formulación ideológica— se alimentó de influencias extranjeras y de la necesidad de crear un mito con el que intoxicar la convivencia en la República, prolongándose hasta el final del franquismo.

Cierra este primer bloque, el trabajo de Paul Preston sobre la figura de Franco y su postura, cambiante e interesada, frente a la Segunda República. Preston considera que, a pesar de la innegable antipatía que Franco sintió por la República desde su instauración, fueron una serie de perjuicios personales encadenados los que le condujeron a tomar partido en la rebelión que acabó con el régimen re-

publicano. Por sus características personales y su egocentrismo, a pesar de su indiscutible tendencia monárquica, Franco podría haberse convertido en el general mimado de la República si los dirigentes republicanos hubieran adulado la importancia de su papel en el desarrollo del nuevo régimen. Basándose en un fuerte apoyo en fuentes memoriales, el autor concluye que Franco estuvo a punto de no tomar parte en la sublevación. Sólo el tratamiento de su situación, que consideró vejatorio, le indujo a participar.

El siguiente bloque de estudios analiza las visiones que se crearon sobre la República durante el franquismo (Giuliana di Febo), la impronta que esta visión dejó en la literatura y en el cine durante la propia República, el franquismo y la transición (Alberto Reig Tapia), y la imagen que se creó de la Segunda República durante el período de transición, mediatizada por la necesidad de llegar a un consenso político para la democratización del país (Carsten Humlebaek). Estos tres estudios inciden en que las causas de la *memoria negativa* de la República arrancan del trabajo de «cancelación» prolongado que efectuó el franquismo y, especialmente, de la reconstrucción histórica que se hizo en la transición, mientras que la *memoria positiva* se basó en el realce de la actuación en aquellos problemas destacados que la República consideró prioritarios y no pudo resolver, y que la democracia actual, como heredera, ha conseguido definitivamente zanjar.

Precisamente son estos «puntos clave» de la reforma republicana los que ocupan el papel protagonista del siguiente bloque del libro: la «cuestión religiosa» (Hilari Raguer), el problema militar (Gabriel Cardona), la conquista de la cultura (Gonzalo Santonja), la reforma agraria (Jacques Maurice) y la política internacional (Ángeles Egido).

En el enfoque propuesto por Hilari Raguer de la «cuestión religiosa», el autor hace una valoración de los planteamientos que siguieron los sectores católicos. Constata la razonable colaboración con que la jefatura de la Iglesia en la Santa Sede acogió la proclamación de la República y el contraste que ello supuso con la utilización en contra de la República que la derecha moderada y extrema hizo del problema. Otro de los grandes problemas, considerados como causa fundamental de la reacción contra la República fue la supuesta «trituration» que Azaña hizo del Ejército. Gabriel Cardona considera que la reforma militar de Azaña, que partió de correctos planteamientos técnicos, no consiguió republicanizar al cuerpo de oficiales y fracasó en su cometido más amplio: crear un ejército apartado del mundo de la política. Y en contra de la opinión generalizada, Azaña no sólo no machacó al Ejército, sino que su excesiva confianza en el funcionamiento democrático y en la legalidad evitó que articulara los suficientes mecanismos para combatir la subversión. El último de los grandes problemas no resueltos, la cuestión agraria, es estudiado por el hispanista Jacques Maurice que considera que los resultados de la intervención gubernamental en materia agraria no fueron un fracaso, sino una obra inacabada, truncada por la rebelión militar. Maurice hace un análisis que relaciona el avance de la reforma agraria y la revolución social en España.

El trabajo de Gonzalo Santonja parte de la conclusión de la enorme conciencia cultural que demostró el gobierno republicano tratando de proteger el patrimonio histórico-artístico y bibliográfico en los albores de la Guerra Civil. Su análisis busca las causas y los precedentes que llevaron a esa situación de desarrollo cultural, haciendo un análisis profundo —y poco conocido— del desarrollo de la cultura popular y específicamente obrera desde los tiempos de principios del siglo xx, atravesando por el desarrollo de los núcleos culturales obreros y los intelectuales más destacados en esa conexión entre cultura y pueblo, como Francisco Ferrer Guardia, Juan Almela Meliá y José Antonio Balbontín. Ángeles Egido demuestra, por su parte, la existencia de una auténtica política exterior de la República de carácter pacifista y europeísta, vertebrada fundamentalmente en la colaboración con las pequeñas potencias neutrales y la nueva presencia de España en el Mediterráneo. Frente a la tradicional imagen de una República aislada en el panorama internacional, Ángeles Egido expone la dinámica intervención de unos gobiernos que alcanzaron sus máximas iniciativas con la actuación de los ministros Luis de Zulueta y Fernando de los Ríos. La autora concluye que la República asumió la política exterior que le correspondía y llevó a cabo un plan coherente con sus circunstancias, cuyos resultados quedaron indefectiblemente marcados por la falta de tiempo y la compleja situación internacional de los años treinta.

Cierra el libro un bloque de capítulos centrados en el enfoque que la República tuvo de las identidades nacionales en Cataluña (Pere Gabriel), el País Vasco (José Luis de la Granja Sainz) y Galicia (Xosé Manoel Núñez Seixas). Todos los autores comparten una visión favorable de las soluciones que la República ofreció a los sentimientos nacionalistas, casi en oposición a la dificultad con que el actual Estado democrático se enfrenta a esta problemática. Mientras el proceso catalán, descrito y analizado por Pere Gabriel, desembocó en la consecución rápida de una solución para un asunto que tuvo peso hasta en la constitución de los gobiernos republicanos del exilio, los nacionalismos vasco y gallego quedaron detenidos en una fase anterior, debido a la evolución interna de los propios movimientos políticos nacionalistas. José Luis de la Granja Sainz analiza los puntos esenciales de controversia que generaron oposiciones y divisiones dentro del nacionalismo vasco: la cuestión religiosa y la indefinición del propio territorio vasco. Su retraso en el acceso a la autonomía respondió en mayor medida a las fuertes contradicciones de un nacionalismo escasamente definido teóricamente que a la lentitud de actuación de la República. El caso gallego, según Xosé Manoel Núñez, tuvo otras connotaciones entre las que atribuye como causa del retraso en la adquisición de la autonomía a la dejación de los intereses nacionalistas que los líderes locales, especialmente Santiago Casares Quiroga, efectuaron con su ascenso a la política nacional. Con un recorrido por la constitución de los núcleos nacionalistas básicos y su actuación en los diversos períodos republicanos, el autor concluye que nunca existió en tiempos de la República un problema gallego y que fue el dinamismo del Partido Gallego y el prestigio de alguno de sus líderes lo que, a la larga, permitió que Galicia obtuviese en la transición la consideración de «nacionalidad histórica».

Es, en definitiva, un libro que se replantea el fenómeno historiográfico de la Segunda República en su totalidad: desde la construcción de los mitos que se le atribuyeron, como su colaboración con el comunismo o el judeomasonismo, hasta el análisis detallado de las que fueron sus grandes ambiciones programáticas tales como la reforma agraria, el contenido laico del estado o la articulación de las nacionalidades. Un análisis profundo, en suma, de los pilares que sustentaron la construcción de lo que hubiera sido, si no hubiera mediado el golpe militar, un estado democrático y moderno.

Manuela Aroca Mohedano  
Doctora en Historia Contemporánea  
UNED